

¿Acaso es evitable? El impacto de la Antropología en las relaciones e imágenes sociales¹

Is it avoidable? The Impact of Anthropology in Social Relations and Images

Teresa SAN ROMÁN ESPINOSA

Universidad Autónoma de Barcelona
teresa.sanroman@uab.es

A Aurora González Echevarría, por su pasión por una Antropología capaz de ser útil a la gente, porque tiene confianza en la disciplina y rigor y capacidad autocrítica en su propio trabajo intelectual. En gratitud a todas sus múltiples objeciones a éste y otros textos.

Recibido: 13 de octubre de 2005

Aceptado: 10 de noviembre de 2005

Resumen

El texto trata de la fundamentación metodológica, teórica y ética del uso social del conocimiento antropológico y etnográfico: *¿se puede* o no realmente aplicar el conocimiento antropológico?, aún más, si acaso es *evitable* que éste y cualquier otro conocimiento se aplique, *¿se debe* hacer tal cosa?, *¿se desea* o no se desea? Se defiende que el conocimiento antropológico suele ser *aplicable* en distintas medidas bajo diferentes condiciones, aunque no todo él lo sea; y de estas condiciones la fundamental es la calidad del trabajo y preparación del investigador. La presencia de los antropólogos tiene sentido -y a veces es imprescindible- cuando el conocimiento de la cultura de las personas es fundamental porque la actuación interfiere en ella. Esa interferencia o esa ingerencia hace esperable, evidentemente, el fracaso de la acción, en tanto genere suspicacia y sufrimiento al destruir o poner en peligro, entre otras muchas cosas, una parte del patrimonio sociocultural sobre el que esa población piensa, actúa, se relaciona y sobre la que hasta

¹ Una primera versión, de lo que llegaría a ser este texto, fue inicialmente propuesta al Grup de Recerca en Antropologia Fonamental i Orientada, GRAFO, por T. San Román. Posteriormente, ampliado, se sometió a crítica en dos reuniones consecutivas en 2002 y abril de 2005. Debo de agradecer las aportaciones a todos y cada uno de los miembros del equipo y, muy especialmente, a Aurelio Díaz, por su experiencia, conocimiento, honestidad y profundidad de pensamiento, que se han recogido en muy diversos aspectos de este texto. Además estoy agradecida a Aurora González, Carmen Parramón, Mila Barruti y María Valdés por sus críticas, en unos casos desde dentro de las propias experiencias y en otros desde fuera.

cierto punto se puede decir que vive. Hace esperable ese fracaso, porque para evitarlo es necesario poder buscar alternativas sociales y económicas que sean aceptables para la población, incluso imaginarlas y crearlas, alternativas que permitan a la gente elegir sin que sólo las medidas y ofertas pensadas desde fuera o, también, sólo pensadas desde dentro, sean las que se ponen sobre la mesa. Y para eso es necesario el conocimiento de las diferencias y de las desigualdades internas, del valor que se da no sólo a las cosas, sino a cada persona que actúa como representante de la gente, a los que participan en la acción y a la propia participación y representación. Es necesario saber, conocer el entramado sociocultural y su contexto. Es ahí donde una Antropología potente puede verter luz, incluso verterla a lo largo de las múltiples vicisitudes de un proceso de este tipo: comprendiendo lo que hay y a quienes hay, acercándose a las diferentes formas de comprensión de los objetivos, facilitando conocimiento a las formas de negociación de los intereses; y aportando una visión crítica bien fundamentada.

Palabras Clave: Antropología Aplicada, Antropología Orientada, Investigación-acción, Antropología Participativa, Etnografía Aplicada, aplicación de la Antropología, Método, Trabajo de campo, Ética, marginación social, trabajadores inmigrantes.

Abstract

This article deals with the methodological, theoretical and ethical basis of anthropological knowledge: is it *possible* to properly apply anthropological knowledge? Furthermore, is it at all *avoidable* that this and any other knowledge could be applied? *Should* that be done? Do we *wish* to do it? I argue that anthropological knowledge is often applicable at different levels under different conditions, even though not all this knowledge may be applied as a whole. The basic premise to make it applicable is the quality of our work and the researcher's previous training. The presence of Anthropologists is meaningful -and sometimes even essential- when knowledge of people's culture becomes essential, since the action to undertake interferes with it. Such interference or meddling makes, of course, predictable the failure of such action, as it is a source of mistrust and suffering by destroying or endangering, among many other things, part of the social and cultural inheritance upon which this same society does think, act, interact and even, to a certain extent, live. We expect failure because to avoid it we must seek for social and economic options that may be considered as acceptable by people themselves. It may be even necessary to imagine and create such alternatives so people can choose among a wider set of options rather than exclusively the external or internal ones. To achieve that it is compulsory to have a good knowledge of inner differences and inequalities, as well as of the value that people confer not only to material things, but also to every person that acts as a people's representative, to those who play a role in the action and even to own group's participation and representation. It is necessary to know and to be acquainted with the sociocultural framework as well as its context. It is precisely at that point when a strong Anthropology may enlighten -It may even do it on the research process itself along with its vicissitudes- by properly grasping what is there and who is there and by also approaching to different ways of understanding the goals and thus making accessible crucial knowledge on ways of negotiating interests. And, finally yet importantly, by providing a well-informed critical view.

Key words: Applied Anthropology, Oriented Anthropology, Research-action, Participant Anthropology, Applied Ethnography, Application of Anthropology, Method, Fieldwork, Ethics, Social exclusion, Immigrant workers.

SUMARIO 1. Introducción. 2. ¿Se puede? Sobre la aplicabilidad del conocimiento antropológico. 3. ¿Se debe? La ética y el compromiso. 4. Los promotores y la financiación de los proyectos. 5. La implicación del investigador en algunos tipos de uso social del conocimiento antropológico. 6. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

Lo primero que debo mencionar es que el texto que aquí se va a desarrollar no agota lo que pudiera decirse de la Antropología Aplicada, que se decía hace años, de Antropología e intervención social o Antropología y desarrollo o Antropología Orientada a la dilucidación de problemas sociales o de cualquiera de las múltiples y extensas formas en las que hoy se nombra para evitar el anacronismo. Si se tratara de un texto programático en el amplio sentido de la palabra, se debería analizar pormenorizadamente la historia de este campo antropológico y precisar, de entre los estudios etnográficos de este tipo, los diferentes modelos que se han desarrollado y sus características, tanto metodológicas como temáticas, y las decisiones éticas e ideológicas explícitas y subyacentes. A partir de ambos trabajos, tendríamos que examinar críticamente los resultados a los que hubiéramos llegado, llevarlos a nuestra experiencia en ese mismo proceso y, finalmente, plantear nuestro programa para los diferentes tipos y situaciones en las que la Antropología orienta o interviene en cuestiones sociales.

Ni estoy en condiciones de desarrollar la totalidad de esa tarea ni me mueve el hacerlo. Lo que pretendo es exponer una reflexión que se apoya, más que en ninguna otra cosa, en el trabajo que he realizado a lo largo de mi vida profesional², pero también en los debates que suscitó en el *Grup de Recerca en Antropologia Fonamental i Orientada, GRAFO*, de la UAB. No me voy a referir a otros tipos de Antropología Aplicada que ni yo ni ninguno de nosotros ha desarrollado o al menos no suficientemente, pero de los que sí sé que tienen características propias. Me refiero a los que se llevan a cabo en los programas de países en vías de desarrollo³. Me atenderé a la que podemos hacer en nuestras propias ciudades y pueblos y, de ésta, a la Antropología que

² Ver, por ejemplo, T. San Román 1983, 1985a, 1985b, 1992, 1993, 1996a, 1998 y 2002.

³ Mi modelo en esto es el trabajo de Esteban Krotz en las áreas rurales de Méjico. Me encanta. Ver, por ejemplo, Krotz 1980 y 1988.

busca resultados de interés social en la clarificación de problemas que atañen a la exclusión social y la pobreza y a los de las minorías étnicas en esas condiciones. No obstante, son muchas las cosas que podrían decirse en común, muchas cosas intercambiables, aunque no lo sean todas.

Pienso que podemos aportar experiencia y que estamos en condiciones de explicitar la fundamentación metodológica y de muchos aspectos de orden técnico, pero también de proponer la otra fundamentación, la ética. Desde ellas dos y desde esa experiencia quisiera abordar algunas cuestiones que nos interesan y que con frecuencia se leen o se escuchan sobre el uso social del conocimiento antropológico; empezaré por este punto. Finalmente, puede ser de interés para algunos antropólogos que dé cuenta del tipo de investigaciones etnográficas implicadas en los programas en los que he y hemos colaborado.

Es imposible, que yo sepa, que un antropólogo llegue a construir una sociedad. Es imposible, a todas luces, evitar que la acción de todo tipo y en todos los frentes esté de hecho construyendo constantemente nuestra sociedad. Quiero decir que las acciones e ideas de las personas son capaces de provocar transformaciones sociales, desde aquéllas que se ocultan liminalmente, pero actúan inconscientemente con eficacia, hasta las conscientes, intencionadas e implementadas que pueden provocar las hecatombes más dramáticas que destruyen o que crean condiciones sociales nuevas e impensables en poco tiempo. Es nuestra experiencia cotidiana. También lo es que la capacidad de impacto depende del poder que se tenga, sea de uno o de otro tipo. Y asimismo lo es que conseguir que el impacto buscado se produzca como resultado de una acción humana de poder depende del acierto, con el que se haya establecido los tipos de relaciones existentes entre los fenómenos en cuestión, del acierto al establecer dónde y cómo incidir para modificar esas relaciones en la dirección adecuada y de la fidelidad a ambas condiciones con la que se hayan realizado las acciones prácticas concretas, dirigidas a los objetivos transformadores y a impedir la interferencia de otras acciones que puedan estar en contra de ellos; es decir, que no se ajusten a las condiciones para el logro de la transformación. Si la guerra de Irak hubiera pretendido tan sólo el derrocamiento de Sadam, nos parecería que las condiciones de la acción fueron increíblemente absurdas, por destruir lo innecesario, desplegar los medios inadecuados a los fines y traer como resultado no buscado una situación que nada tiene que ver con el objetivo propuesto. Si, por el contrario, la guerra hubiera tenido por objeto el control de esa zona geoestratégica del Planeta, posiblemente las predicciones

eran ajustadas, con independencia del enorme coste humano y ético que suponen, y el desastre de la posguerra podría responder a otra predicción para la que la acción se pensó desde el comienzo como el pago mancomunado de los costes de una actuación unilateral; en ese caso, podemos considerar todo ello aberrante, cínico y autoritario pero no estúpido. Todas estas cosas están presentes en la acción humana dirigida a producir cambios en las relaciones entre los seres humanos: un diseño ajustado a una teoría de lo que ocurre, de lo que las cosas significan, de por qué ocurren y de dónde incidir, en consecuencia, para que esas relaciones se muden en otras; unos objetivos guiados muy especialmente por la ética de los intereses, los daños, el sufrimiento, el uso del poder; unas acciones dirigidas por el diseño, los medios y la ética; y una capacidad para poner en práctica esas acciones.

Cuando se dice que la Antropología es incapaz de aplicación, esto es, que no sirve a la construcción y transformación social, nunca sabemos a cuál de estas cosas se están refiriendo. Puede que el problema lo sitúen en el hecho de que el conocimiento antropológico se esté considerando menos comprensivo y menos profundo que el que pueda tener un político, un administrador, un asistente social, un diseñador, un sindicalista, un periodista, un teniente coronel, un cura o un publicista y, por tanto, *dice menos y lo que dice es estúpido* comparado con lo que puedan decir cada uno de ellos en sus acciones, tantas veces eficacísimas, de cambio social. Puede que el problema sea que carecen de objetivos respecto a la sociedad y a la situación de los seres humanos en ella; o que consideren que tienen menos derecho o menos justificación para perseguir sus objetivos sociales que el resto de los mortales, lo que supone admitir que sus objetivos están necesariamente en clara contraposición con los del resto de la gente y, en ese caso, se agradece su abstención. De no ser así, puede ser que se considere que no es ético tratar de perseguir objetivos sociales propios en lugar ajeno, para lo cual se tiene forzosamente que pensar una de estas dos cosas: primera, si el investigador no actúa ni da pie a actuaciones, las personas estarán libres de todo impacto y serán autónomas, a lo que subyace una visión realmente omnipotente de la Antropología Aplicada -e ingenua respecto a todo lo demás-, que no puedo compartir; segunda, que al investigador no le importuna que otros actúen constantemente sobre ellas, les arrebaten cualquier tipo de autonomía, subviertan sus relaciones y creen sufrimiento, con tal de considerarse a sí mismo al margen de estas cosas, de verse a sí mismo como quien puede denunciar pero está a salvo de hacer nada por evitar lo que critica. Puede, por

fin, que el investigador considere que no tiene poder para producir ningún tipo de impacto, y sería importante darle ánimos o, por el contrario, contrastar el uso que sin duda hace del poder en otros ámbitos diferentes a éste porque, si lo usa, la contradicción sería patente.

Ciertamente, lo fundamental para hablar de Antropología y su aplicación social es, antes de nada, tomar en consideración a nuestros críticos, debatir con ellos, porque quizá todo se centre en una visión de la Antropología Aplicada propia de ciertas situaciones coloniales de finales del XIX y de la primera mitad del XX -y nunca de otras, que dolorosa e injustamente se olvidan-, en las que el problema fundamental no era que el conocimiento antropológico no tuviera utilidad para el cambio social sino que, precisamente porque lo tenía, era inadmisibles que se usara para dominar, supeditar y explotar a la gente que esos antropólogos concretos habían estudiado y en buena medida habían llegado a comprender. Quiero decir que, sobre una sólida convicción de la eficacia social del conocimiento antropológico, éste se está criticando airada y justificadamente a causa de los objetivos que se perseguían, al servicio del interés egoísta de una u otra potencia occidental, a causa de la inadmisibles depravación ética que las acciones perseguían y del daño que directamente causaban en su consecución. Y estoy plenamente de acuerdo.

Sólo un par de cuestiones me incomodan. La primera es que se pase sin mayor reflexión de esa convicción respecto a la eficacia social del conocimiento antropológico -excesiva, a mi entender- a la negación total de la misma -irracional, también bajo mi criterio-, porque ese paso se considere éticamente inaceptable. La segunda cuestión es el olvido de lo que no interesa para defender los argumentos: olvido de los trabajos de antropólogos que a lo largo de la historia de la disciplina han ayudado a la gente a la que estudiaban y a otra a resolver aspiraciones y conflictos; olvido de toda la inmensa acción autoritaria y destructora realizada en, por ejemplo, África por parte de grupos árabes, que exprimían con enorme crueldad la esclavitud o de reyes y mandatarios mayores y menores que supeditaban y aligeraban las arcas de sus vecinos antes y después del período colonial, con la complicidad de Occidente o sin ella o contra ella. Esta última cuestión que me incomoda supone ocultar la menor posibilidad de considerar que, aun no siendo occidental, se puede ser un verdadero horror, es decir, reconocer que los seres humanos son similares en todas partes, que siempre hay de todo y bien repartido, que la envergadura de los problemas que se crean a otros está sustentada proporcionalmente por el poder, por la mayor o la menor

capacidad de hacer daño, de perseguir a costa de lo que sea y de quien sea los propios intereses, por lo que el mayor poder puede causar mayor sufrimiento y, por consiguiente, tiene mucha mayor responsabilidad, aunque no naturaleza diferente⁴.

Tendremos, por tanto, que pensar, desde la perspectiva del impacto, si *se puede* o no realmente aplicar el conocimiento antropológico, aún más, si acaso es *evitable* que éste y cualquier otro conocimiento se aplique, si *se debe* hacer tal cosa, si *se desea* o no se desea. Y si no se puede o no se debe, cómo evitarlo. Y si en todo o en parte de ello es que sí, cómo hacerlo; y por qué razones y con qué fundamento. Trataré de hacer esto, humildemente porque es complicado, en el texto que sigue.

2. ¿Se puede? Sobre la aplicabilidad del conocimiento antropológico⁵

Las ciencias humanas [...] comprendiendo por cuartos o por mitades, previendo una vez sobre dos o sobre cuatro, no dejan de ser menos aptas [...] para otorgar a quienes las practican algo que está a mitad de camino entre el conocimiento puro y la eficacia; la sabiduría, o por lo menos cierta forma de sabiduría que permite actuar algo menos mal porque se comprende algo mejor. (Lévi-Strauss, 1973: 346; de una cita mayor en González Echevarría, 1987: 215-216).

Ciertamente, no todo cuanto conocimiento se produce en el seno de la disciplina es por sí mismo y de manera inmediata susceptible de aplicación y socialmente útil. No tiene por qué. Aún más, la búsqueda del conocimiento no debería estar constreñida por las previsiones de sus capacidades prácticas, porque muchas veces lo que en este sentido resulta inútil es lo que nos ayuda a comprender con mayor profundidad y acierto. Pero la cuestión no es si todo es o debería ser aplicable sino dilucidar si el conocimiento que se produce en Antropología es útil socialmente, por mucho que no lo sea todo él. A esto habría que decir que la Antropología, en la medida en la que sus análisis versan sobre cuestiones sociales es, en principio, aplicable. Estamos acostumbrados a entender la aplicación como intromisión manipuladora o

⁴ Estos temas están tratados con más amplitud en San Román, 1996b.

⁵ El modelo de las diferentes investigaciones en Antropología -especialmente las etnográficas-, que subyace a cuanto sigue, no me es posible exponerlo aquí. Pero no cabe duda que pensaba en sus términos al escribir. Por si pudiera interesar al lector o, simplemente, si quisiera desvelar los distintos planos de ese modelo implícitos en estas líneas, puede consultarse el texto de T. San Román, A. González Echevarría y A. Díaz que será publicado próximamente. En realidad, estas reflexiones y esta forma de entender el valor social de la Antropología son, en buena parte, deudas de ese modelo de investigación.

bien como aquel tipo de investigación que se dirige concretamente a conocer los problemas -para alguien- sociales y a iluminar su resolución. Pero ésta es sólo una óptica estrecha para entenderlo.

La pregunta es si el conocimiento antropológico, o parte de él, puede tener *impacto en el cambio sociocultural y en las relaciones interculturales*. Ése sería el fundamento de su aplicación. Y visto desde esa perspectiva parece imposible negarlo. Esa aplicación va desde la pura investigación básica, cuya divulgación crea opinión, proporciona datos, argumentos y justificaciones - una intervención fuerte-, hasta los estudios “por encargo” -de quien sea- para buscar orientación en la solución de los problemas socioculturales. La Antropología produce muchos conocimientos que, en principio, son *aplicables*; una buena parte de la teoría antropológica, la etnografía y la teoría, que de ella se deriva, se relacionan con problemas sociales y culturales que la gente o la sociedad o las instituciones tienen. De aquí, que exista en múltiples ocasiones una vinculación estrecha entre teoría e intervención, sea de forma activa o, más frecuentemente, latente o silenciada. Por tanto, habría que plantearse si el problema de la escasa incidencia de los estudios antropológicos en la práctica social no se deriva, precisamente, de que se realizan sin ninguna exigencia de aplicabilidad. De ser así, sería perjudicial no sólo porque se priva a la sociedad de unos instrumentos útiles para su orientación, sino también porque sería una falta de estímulo para mantener y aumentar el rigor y la seriedad que se precisan en la investigación antropológica: al no poner nada en práctica, ninguna afirmación fracasa, cualquier cosa plausible y brillante que se quiera decir, vale; al no poner nada en práctica, queda al margen la prudencia que nace de la responsabilidad social por nuestro trabajo.

Algo similar ocurre con la ausencia de antropólogos académicos en los debates públicos que crean opinión. Salvo excepciones, pocas veces vemos a un antropólogo en esta tarea y, todavía menos veces, oímos a los antropólogos hablar de lo que realmente saben, del producto de su trabajo. Se escribe y, desde luego, se espera que sea leído por cuanta más gente, mejor. Pero esta actividad evita presentarse como lo que en realidad es, una intervención en las ideas, como mínimo, y también la entrega de un material aplicable, al menos. Sin embargo, cualquier antropólogo que publica sus resultados es, en el fondo, consciente de que son en gran parte aplicables y de que de una o de otra forma se van a aplicar. Esto explica que no todo se diga, que lo que se dice se diga de cierta forma y no de otra; en definitiva, se protege el conocimiento de un uso inadecuado ante el que quien escribe ya ha

perdido, por escribirlo, control sobre él. Y lo sabe. A pesar de su propia experiencia, y contra ella, suele decir, sin embargo, que nosotros no podemos hacer ninguna predicción de ningún tipo -otros sí-, que nuestros conocimientos no son tan fiables como para que pueda pensar en que incidan de ninguna forma en la práctica social -los de otros, sí-, que nuestra forma de proceder no es científica realmente -la de otros, sí-, incluso que es estrictamente artística -como si el arte careciera de incidencia, además-. Yo no puedo estar más de acuerdo en la prudencia, en la ausencia de dogmatismo a la hora de defender nuestras posiciones, incluida ésta, pero otra cosa es no asumir con temor y humildad, confesadamente, nuestra responsabilidad, negar el uso social de nuestros discretos logros, evitar nuestro compromiso ocultándonos detrás de una pretendida incapacidad de la Antropología para generar un conocimiento que puede ser útil, incluso a veces necesario, a las personas y a la sociedad, detrás de una pretendida neutralidad de las palabras frente a las acciones, de las publicaciones frente a la cooperación social.

Una cosa que se puede agradecer a Radcliffe-Brown es el recordatorio que en su libro sobre método (Radcliffe-Brown, 1975 [1958]) dedica a la distinción entre experimentación y lo que podrían llamarse acciones manipulativas experimentales. Ambas se refieren a “*experieri*”, contrastar por la experiencia. Y a tal fin, no es necesario manipular intencionadamente las condiciones de determinadas variables para lograr ciertos cambios que darían o quitarían razón a una idea sobre ese fenómeno. Éste sería un tipo de contrastación por la experiencia que hoy se ha dado en llamar “experimental”, limitando el sentido original de la palabra. Experimentar, en su sentido original más amplio, es poner a prueba controlando las variables en cuestión y otras que tendremos que tener presente que distorsionan la acción de las que hemos seleccionado, de manera, efectivamente, que podamos observar ciertos cambios que darán o que quitarán la razón a una idea sobre un fenómeno. Y esto ciertas disciplinas lo logran mediante manipulación y control directo y programado y otras mediante la observación de ese fenómeno en situaciones diferentes, de manera que las variables que nos interesa observar puedan estar presentes o no estarlo, en una medida o en otra, y que las variables que sometemos a control, porque queremos evitar que incidan, efectivamente permanezcan constantes *espontáneamente*, porque así se encuentran en la vida social de ese momento.

Tenemos amplia oportunidad de programar este tipo de observaciones. Por una parte, la búsqueda de situaciones adecuadas para este tipo de comparaciones y de observaciones en un segmento social suele ser más

productiva de lo que suele pensarse. Un ejemplo puede ayudar: si decimos que la presencia e incidencia de ciertas iglesias protestantes está siendo especialmente fructífera en el control de la expansión del consumo y del tráfico de drogas a pequeña escala entre poblaciones marginadas de nuestra sociedad, evidentemente no se trata de inducir al consumo y al tráfico de drogas por parte de esa población ni de introducir subrepticamente esas iglesias y a esos pastores para ver si lo que sucede es lo que estábamos postulando. Ni es posible, ni es defendible ni es en absoluto necesario. Tampoco quien postula cuestiones sobre Marte juega con Marte y con sus características en un laboratorio sino que *envía allí* sus instrumentos de observación de condiciones espontáneas, consigue *ir allí*; si se quiere, hace un peculiar trabajo de campo. En nuestro ejemplo, tendríamos que buscar comunidades marginadas en las que hubiera tráfico y consumo de drogas, sin que ninguna iglesia protestante se hubiera introducido en ellas, y comparar éstas con otras en las que posteriormente a la existencia del tráfico y consumo se hubiera hecho presente alguna o varias de esas iglesias, tendríamos que observar su trabajo en este problema y tendríamos que comparar sus resultados a este respecto frente a los resultados de las primeras. En ambos casos, previamente habríamos tenido que estudiar qué otros factores potencian o inhiben el tráfico y consumo de drogas entre los marginados. Si hemos concluido que no existen alternativas laborales contextualmente rentables, por ejemplo, esta -y la que fuera- variable tendría que permanecer estable en los dos tipos de casos, es decir, las alternativas laborales deberían ser las mismas y permanecer constantes durante el período estudiado y el período de observación. Lo mismo habría que hacer respecto a otras variables. Claro que podemos desconocer alguna o algunas que intervendrán y distorsionarán los hechos, sin duda; pero ni siempre ni en todo; por cuartos y por mitades”, buscando la contrastación de nuestras ideas. Esta acción investigadora en sin lugar a dudas experimental, en el sentido original del término, aunque no comporte *manipulación experimental* alguna. Se trata, más bien, de buscar programada y sistemáticamente las condiciones idóneas para la contrastación, que se nos presentan espontáneamente si queremos mirar.

Todavía más. Son muchos los autores que se han interesado por la contrastación de los enunciados que resultan de la investigación antropológica y por la Antropología Aplicada, que han señalado el incalculable valor de los cambios constantemente inducidos y forzados a los que se ven sometidas las poblaciones que estudiamos y también aquélla a la

que pertenecemos. Son cambios que algunas veces carecen de autor directo y visible responsable, como los cambios estructurales que acaban afectando de diversa forma a los distintos grupos y estamentos sociales. Pero también se trata de cambios concretos, programados políticamente, ejecutados por los administradores y técnicos y que tienen efectos transformadores en la vida de la gente si no en la gente misma. Decían los Webb (Webb y Webb, 1968 [1932]) que nos ofrecen un escenario experimental ajeno a nuestra acción y a nuestras intenciones, porque movilizan ciertos aspectos y ciertas variables en función de teorías explícitas o implícitas que dan los instrumentos a los administradores para perseguir finalidades concretas, pero también que, de la misma forma, movilizan variables, supuestos, hipótesis, predicciones hipotéticas en las que el propio investigador se ha basado, que han sido guía de su construcción teórico-etnográfica. El seguir esas acciones a través del tiempo ha sido para mí una de las fuentes más útiles y duras de contrastación de mis propuestas etnográficas. Sirva tan sólo un ejemplo para ilustrar este punto. Propuse una predicción tentativa hacia comienzos de los años 80, en un momento de crisis de la oferta laboral, por la que, si se creaban plantas de aprovechamiento de residuos sin contratar a los gitanos chatarreros y si se estabilizaba y legalizaba la venta ambulante sin conceder patentes a los vendedores gitanos que tenían ya esta actividad, las alternativas marginales más frecuentes se borrarían de un plumazo, de manera que era previsible el incremento de las actividades delictivas, que ya se iniciaban en muchos sectores con fuerza, como la venta de drogas. Las administraciones hicieron las reformas legales, dictaron las ordenanzas pertinentes y realizaron las actuaciones. Los gitanos que pudieron seguir en las nuevas condiciones fueron comparativamente muy pocos. Y poco después estalló el problema de la venta de drogas en los barrios marginales de gitanos. Fue una corroboración experimental inducida por la Administración, al margen de cualquier actuación por mi parte, de una predicción derivada de una hipótesis que pertenecía al conocimiento que había adquirido previamente. Y otros resultados, a lo largo de los años, borraron de mis notas otras hipótesis para siempre o me obligaron a replantearlas.

Cuando los antropólogos se implican en la programación de los cambios socioculturales que se producen por la acción de la propia gente que estudia - lo que es frecuente- o por terceros, la experimentación deja de ser espontánea, en un nivel mayor o menor, porque son sus propias predicciones las que inciden en las decisiones o incluso las que se trasladan a la práctica para lograr determinados fines. Cualquier estudio orientado a dilucidar una

cuestión social problemática para alguien, sea la propia gente o la Administración, parte de la base de que debe ocuparse de él, construir un conocimiento que dé cuenta de él, hipotetizar en ese conocimiento cuáles son los significados de las cosas, las causas y demás relaciones entre fenómenos implicados y debe plantear, sobre la base de esas predicciones, recomendaciones, al menos, sobre qué hacer para cambiar qué. Si le hacen caso, cosa muy poco frecuente, por cierto, la acción a la que dé lugar es, sin el menor género de dudas, una acción experimental desde el punto de vista de la investigación, por mucho que los objetivos que se persigan sean otros.

Me he querido detener en este aspecto porque parece importante a la hora de debatir el valor del conocimiento antropológico. “Por cuartos o por mitades”, no parece en absoluto que no existan instrumentos científicos a los que recurrir antes -y después- de hablar. La posibilidad de contrastación de nuestros enunciados nunca es infalible y no lo es en ninguna ciencia, que es más reducida que aquella de la que disponen algunas -muy pocas- ciencias. Pero también posibilidad abierta que debe utilizarse y que, con la prudencia de saber de su provisionalidad, produce resultados más válidos que la pura intuición o que la intuición ilustrada o que la acción de los poderes basada en sus propios enunciados, rara vez realmente contrastados. Es un conocimiento cuidado y riguroso, más capaz que aquéllos de ayudar a la acción y al pensamiento humanos.

La vinculación entre los problemas sociales y la teoría antropológica es clara, como decía, en la medida en que buena parte de ellos se plantean como problemas teóricos y disciplinarios. El conocimiento que la Antropología ofrece sobre ellos es conocimiento que puede iluminar como tal el saber de los que van a actuar sobre problemas sociales y, además, las especializaciones que se fraguan en el seno del conocimiento disponible en Antropología suponen campos del saber, que se relacionan a menudo con otros de otras disciplinas también ocupadas en esos problemas, aunque desde otras perspectivas. Nada es más iluso y prepotente que las disciplinas de las Ciencias Sociales y de las Humanidades pretendan suplantarse unas a las otras en esta interrelación. El resultado de quien pretende saberlo todo desde la Antropología o desde la Sociología o desde la Geografía o la Pedagogía o la disciplina que sea es ridículo y generalmente penoso. Como antropólogos, sí tenemos que decir, y mucho, sobre variabilidad cultural y relaciones interculturales para esclarecer muchos aspectos de la vida social aunque, por supuesto, no sean todos, a partir de nuestro conocimiento antropológico general y del de los distintos campos de especialización de los que dispone.

Sin embargo, estos conocimientos generales y de las áreas temáticas de especialización antropológica, aun siendo útiles, son insuficientes cuando se trata de situaciones sociales concretas, de gente particular. Cada grupo humano, cada situación, cada momento, cada proceso, son diferentes, por mucho que ese grupo tenga una cultura más ampliamente compartida con otros grupos o pertenezca al mismo país o hablen la misma lengua o veneren al mismo dios. El suponer que todos los que hablan árabe o todos los que creen en Alá pueden ser conocidos, porque conocemos el árabe o hemos leído el Corán o hemos convivido con un grupo en Argelia, es tan disparatado como pensar que da igual el Opus Dei que los Rocieros, que es igual que el catalán esté siendo hablado por personas del sindicato del metal que por payeses del Alto Ampurdán, que vivan en Barcelona en el Ensanche o en La Mina. El haber hecho etnografía en diversos puntos y segmentos de Cataluña, da otro tipo de conocimiento necesario, el conocimiento etnográfico general sobre ese área, mientras que ese conocimiento mismo es insuficiente si lo que se pretende es verter luz sobre algún lugar concreto de este mismo país que no hemos etnografiado. Pienso que existe una gradación, que se corresponde con la exigencia de conocimiento en cada caso de intervención, por la que aportamos saberes distintos y crecientemente pertinentes, desde el conocimiento antropológico general al etnográfico más preciso, pasando por el conocimiento temático especializado y el etnográfico más general y comprensivo de la sociedad y la cultura de un grupo humano. Esos pasos no son indiferentes, porque cada tipo de investigación sirve para lo que sirve y sería un mal trabajo el intentar aplicarlos indistintamente.

Ya se trate de etnografía local o regional como de los saberes generales o los que corresponden a un campo especializado de la Antropología, en todo caso lo que estamos haciendo, cuando intentamos asesorar o participar en una actuación, es *utilizar el conocimiento que establece ciertas relaciones entre fenómenos, para proponer predicciones que orienten las acciones que modificarían esas relaciones persiguiendo objetivos sociales*. Otro ejemplo puede ilustrar lo que digo. Repetidamente hemos contrastado entre cierto tipo de marginados una hipótesis: cambian el trabajo en familia por el asalariado con extraños solamente cuando éste tiene una rentabilidad claramente superior. Por ejemplo, pensemos en un grupo de vendedores de zapatos que tienen puntos de venta que gestionan y atienden en familia y que les proporcionan una rentabilidad media de X euros; se les propone un plan de integración que prevé un curso de formación en tapicería de primer nivel; los oficiales del nivel 3 obtienen una rentabilidad de X+2 euros, los de nivel 2

de X euros y los de nivel 1 de X-1 euros. Una vez que conocemos estos y otros datos precisos porque hemos hecho nuestro trabajo y no teniendo conocimiento de posibles distorsiones de carácter general, podemos hacer dos cosas: la primera es predecir, con la natural prudencia y humildad, que, a no ser que los cursos formen hasta el nivel 3, parece difícil que la actuación tenga sentido. Quizá lo podría tener la formación a nivel 2, si se organizaran en cooperativas familiares y valoraran positivamente otras ventajas como, por ejemplo, no tener que moverse todos los días de un lado para otro montando el puesto de venta. Pero esto requiere a su vez hacer la segunda cosa, esto es, hablar con la gente, tanto para saber si ésta es realmente una ventaja para ellos como para hacerles saber que existen tres niveles, no sólo uno, sus características y rentabilidad, la posibilidad de formar cooperativas familiares o de otro tipo y apoyar su propia capacidad para que decidan qué hacer, incluso si lo que deciden es presionar por conseguir los cursos del nivel 3 o dejarlo todo. Esto es una hipótesis o un conjunto hipotético contrastado, una o varias predicciones, un estudio de las cuestiones que debemos conocer para que se pueda actuar, unas recomendaciones en línea con las predicciones -“así no harán el curso. Prueben a cambiar tal cosa”- y un trabajo crítico que abra alternativas y que haga a las personas gestoras de sus decisiones e interlocutores para sus propios intereses.

En conclusión, creo que el conocimiento antropológico suele ser *aplicable* en distintas medidas bajo diferentes condiciones; y de ellas creo que, por nuestra parte, sólo depende de la calidad del trabajo y preparación del investigador el que *pueda* o no ser aplicado a los problemas sociales.

3. ¿Se debe? La ética y el compromiso

[Es nuestra] la responsabilidad contraída como investigadores: ante las exigencias de rigor y calidad propias de la investigación; ante los sujetos o grupos objeto de estudio; ante los que la han financiado; ante las consecuencias de la aplicación de los resultados. (Díaz, 1998: 29-30).

Supongo que todos estaremos de acuerdo en que la primera y mayor exigencia ética en la investigación antropológica aplicada es velar por la calidad de su investigación, exigirse tanto como en la que no tiene otra finalidad que el conocimiento, pero con un plus añadido: si se operacionalizan, instrumentan y se llevan a la práctica nuestros errores o nuestra frivolidad van a recaer sobre otras personas, no necesariamente o no sólo sobre nosotros mismos. La idea de que la investigación aplicada es más

superficial o menos rigurosa que la “académica” es un lugar común que nos indica hasta dónde puede llegar el disparate. Las investigaciones aplicadas reciben una puntuación menor en las evaluaciones a las que se someten los antropólogos, las publicaciones de editoriales no comerciales casi no son tenidas en cuenta. Es cierto que esto ocurre en un contexto académico, el nuestro, en el que lo que digas da igual, siempre que lo digas en inglés y en el que una estancia en la Universidad del País Vasco o Madrid vale “evidentemente” menos que la que puedas hacer en la de Minnesota, incluso si en Minnesota no hubiera estudios de Antropología. La ansiedad por nivelar España con los países grandes puede resultar patética. Pues bien, es en este chiflado contexto en el que se da por supuesto que la investigación aplicada no es realmente investigación. Y lo peor es que el prejuicio estimula a que así sea. Sin embargo, algunos opinamos todo lo contrario: se trata de investigación, sin más o, en todo caso, con el permanente recuerdo de que va a llevarse a la práctica de una u otra forma, es decir, de que su aplicación pondrá a prueba sin miramientos nuestros postulados y que se diseñarán las actuaciones teniéndolos en cuenta.

Por tanto, no voy a hablar aquí de aquellos casos en los que la calidad de la formación y de la investigación no son los que deberían de ser sino, más bien, de los problemas éticos que plantea una investigación de calidad que va a tener un uso social. Es verdad que puede pasar que todo ese esfuerzo acabe en un cajón. La experiencia de los estudios que se encargan para dejar claro que la acción fue precedida de un estudio, que no se usa, es algo bastante frecuente. Pero aquí el problema ético es de quien lo encarga, no de quien lo realiza. Dejémoslo, por tanto, también al margen.

Al publicar unos resultados de investigación estamos ya, queramos o no, devolviendo a las personas que han sido objeto-sujetos de nuestro estudio lo que antes ellos nos dieron de otra forma. Y pensaría que son mayoría los antropólogos que estarían de acuerdo en la necesidad de responsabilizarse del uso que se pueda dar a esos resultados, aunque no siempre es fácil y a veces incluso queda fuera de nuestra capacidad el control de lo que podamos decir en una publicación. Por eso, precisamente, se tiene cuidado de qué y cómo se dice. Pero la imagen extrema es la de un antropólogo que recibe un encargo de investigación y piensa que su tarea puede mejorar la situación de la gente que va a recibir la intervención, de los que van a realizarla y de la relación entre ambos o de otros más. Ésa es la situación que nos coloca en la recta de salida, ahí comienzan con toda su crudeza los problemas, dudas y decisiones éticas. Diría, de acuerdo con Aurelio Díaz, que en este punto lo primero es,

por tanto, considerar el balance entre lo que pensamos que puede resultar del proceso de intervención y lo que pensamos que puede resultar de la ausencia de esa intervención en concreto para los sujetos implicados en ella; considerar el balance entre lo que pensamos que puede resultar del proceso de investigación que nos encomiendan, vinculado a esa intervención, y lo que pensamos que puede resultar de la ausencia de la investigación que podemos hacer, para los resultados de la intervención que va a realizarse. En la inmensa mayoría de los casos -por no decir todos- esto ocurre con o sin nuestra participación.

El segundo problema lo planteaban ya Kaplan y Manners en un texto bien conocido del año 1979 (Kaplan y Manners, 1979 [1972]); separaban en el investigador lo que ellos llamaban “la postura ética” de “la postura del conocimiento”. Cualquier buen investigador puede ser sin duda una mala persona, y hay ejemplos. Con un conocimiento sólidamente construido se puede ser, además, de derechas y de izquierdas, creyente y agnóstico. Y todavía recordamos aún más casos de todo ello. Hace veinte años defendí que, si bien estos autores tenían razón en que *se puede*, olvidaban la indagación de la *coherencia* de ciertas ideas y comportamientos con las propias bases disciplinarias de la Antropología: es una muestra de incoherencia ser dogmático o ser autoritario cuando partes de la base de la igualdad de capacidades de los seres humanos, de la cultura como construcción situacional e histórica sin prescripciones universalistas posibles.

Dicho esto, también habría que admitir que participamos de una cultura y que nos hemos socializado de cierta forma, aunque no sean cosas indelebles, inmutables. Y tenemos valores y prioridades entre ellos y mantenemos posiciones ideológicas, políticas y en muchos otros aspectos, a veces, también religiosas. Igualmente sabemos que, en la medida en que no pueden obviarse, en la medida en que son absolutamente necesarios para la propia orientación de nuestro pensamiento y nuestra acción, el problema nunca puede ser evitarlos; enloqueceríamos. Lo que es necesario es explicitarlos, tanto para que honestamente presentemos nuestro trabajo ante otros como para dejarlos visibles para ser criticados por nosotros y por otros.

El tercer problema se deriva de éste: si somos personas orientadas por valores y pautas expuestas a la crítica, tendríamos que empezar la reflexión que nos ocupa por definirnos respecto a *si es legítimo o no poner nuestro trabajo al servicio de las cosas en las que creemos y que no necesariamente son las que creen ni nuestros colegas ni nuestros informantes*. Sería bueno definirnos respecto a la sumisión o rebeldía del antropólogo, no sólo ante

quien le paga una investigación sino ante aquéllos a quienes estudia. Desde la práctica de la investigación básica y la inexperiencia de la investigación aplicada, puede parecer que el antropólogo nunca se encuentra en la tesitura de tener que elegir entre sus propios valores y los de otros en el contexto de su investigación. Pero esto es una verdad a medias, porque en la propia tarea de campo o al impartir clases en el aula o presentando una comunicación, constantemente nos asaltan contradicciones e incompatibilidades que enfrentan nuestras posiciones éticas e ideológicas con las de otros. Evidentemente, esto no puede afrontarse cuando estamos en los primeros momentos de un trabajo de campo, porque nuestra propia ignorancia de lo que ocurre nos impele a no hacer juicios -o al menos intentarlo o procurar apartarlos-, sino a comprender, porque nuestra ignorancia de lo que allí ocurre realmente y nuestra propia relación con las personas carecen de la solidez necesaria para cuestionar críticamente tanto sus posiciones como, incluso, las nuestras. Pero qué duda cabe que, conforme la comprensión se va abriendo paso y las relaciones se van estrechando, hay espacio para el debate y la crítica. Mucho espacio, con el tiempo.

Si pensamos en todo esto desde una posición ideológica dogmática -y me da igual el signo de la misma-, parece incuestionable que el antropólogo debe estar en todo momento tomando partido por aquel sector que dicta su fundamentalismo: por la gente que estudia o por quien le paga, en otro caso, o por la autoridad, en otro más. En este caso no existen contradicciones porque tampoco existe sentido crítico, de manera que el dogmatismo se aplica por igual en el bar de la Facultad que en una colaboración de investigación aplicada. No hace falta pensar nada, sólo aplicar el esquema de prejuicios correspondiente a cada situación.

Sin embargo, cuando se hace Antropología y se dirige a la acción social o al desarrollo, la primacía de los objetivos, los efectos desiguales en unos y otros participantes, las facciones y los intereses discordantes, nos enfrentan dramáticamente a la simple realidad de que trabajamos con y entre seres humanos como nosotros mismos y que necesariamente llegará el momento de disentir. Y pienso que la clave no está en con qué segmento de personas nos alineamos, que es como se suele plantear este tema en la literatura antropológica, sino *qué es lo que nosotros mismos creemos y priorizamos y, eso, al lado de quién nos coloca en cada momento*. Si la preocupación por la igualdad, en primer lugar, y por la diversidad, en segundo, fueran los ejes centrales de nuestro bagaje ético profesional, entonces parece claro que una intervención puede quedar invalidada al chocar con estas prioridades. Esto

convierte, de golpe, cualquier prioridad concreta por nuestra parte en una propuesta que tendremos que defender, según mi criterio, sin recurrir a ningún tipo de poder más allá que el de nuestra propia capacidad de argumentar y debatir y negociar, de nuestra propia capacidad como profesionales de la Antropología.

El cuarto problema es de orden epistemológico: -en palabras de María Valdés, aludiendo a posiciones de Geertz (1989 [1988] y 1987 [1973])⁶ durante un debate- cómo salvar la distancia entre la percepción de los hechos por parte de todos los agentes y por parte de los antropólogos. Y después, cómo garantizar que el problema resuelto o en vías de solución siga siendo el mismo durante todo el proceso y no una versión meramente acorde a los intereses de los administradores, que la propia percepción de los agentes lo considere como el único y mismo problema desde el principio hasta el fin. Pero, de hecho, si el antropólogo ha hecho bien su trabajo, su percepción del problema debería contar con la que la gente tiene, pero debería ser mejor que la de la gente. Tenemos que comprender pero no somos meros altavoces de los sujetos. En tal caso seríamos absolutamente innecesarios. Si el trabajo es serio, se habrá operado una intelección de la realidad que añade dimensiones que sólo el análisis antropológico puede introducir.

Por otro lado, la función crítica del antropólogo es clave, puesto que la visión de la gente no es ni inmutable ni verdadera. Por el contrario, cambia en múltiples direcciones y se resguarda tras múltiples imágenes y justificaciones, como la de todo el mundo. Y cambia especialmente en estos momentos en los que existe una intervención administrativa -o de una ONG o de ellos mismos- de envergadura en marcha, conforme se va añadiendo información, conforme van apareciendo dificultades, conforme se encuentran oportunidades, conforme se ensayan experiencias de todo tipo que antes no se conocían y ahora resultan estar abiertas. Calibra y ajusta constantemente sus intereses. Nunca el problema ni su percepción será igual de principio a fin, porque se trata de personas, como nosotros, que también cambiamos en estos mismos procesos. Mi preocupación es cerciorarme de que comprendemos, como antropólogos y antropólogas, de la mejor manera posible lo que la gente piensa y lo que le preocupa en cada momento, que construimos una etnografía potente; pero de ninguna manera podemos entronizar el pensamiento de la gente. La apertura de alternativas y la crítica es la base de

⁶ Discutido en una sesión del GRAFO. Agradezco especialmente las aportaciones que realizaron María Valdés y Aurora González Echevarría.

muchas tareas de Antropología Aplicada y el problema de un relativismo extremadamente respetuoso es, precisamente, que anula la función crítica.

Estos cambios en la percepción y el posicionamiento de la gente no sólo atañen a los procesos de intervención social. De hecho, la gente suele apreciar sus tradiciones con tanta fuerza como desea cambiarlas. Yo no conozco a nadie, ni entre nosotros ni entre cualquiera de los “otros” que he conocido, que desee mantener su cultura exactamente igual a como se la transmitieron sus padres y sus abuelos. Incluso en las pocas ocasiones en las que esto se proclama, los hechos de esas mismas personas, acciones y palabras, contradicen constantemente lo que afirman. Una cultura inmutable, como una persona guiada exclusivamente por las exigencias culturales, sería insoportable, incluso suicida, porque impediría la adaptación, las estrategias creativas, la innovación. Impediría seguir el curso de la vida social y personal y anularía cualquier atisbo de capacidad de decidir. Por estas razones el respeto a las tradiciones nos debe servir para acercarnos a las personas, pero la tradición por sí misma no es más respetable que la modernidad, excepto como muestra de la maravillosa creatividad y de la variabilidad cultural humanas. El respeto pienso que tendría que reservarse para las personas y sus decisiones culturales, para lo cual se requiere una exigencia de libertad pero también una exigencia de igualdad entre todos, que hagan posible pasar a los museos y a la Historia los elementos culturales que impidan una u otra cosa. Soy consciente de que esto es una opción ética personal; pero si priorizáramos sobre cualquier otra consideración que todas y cada una de las culturas florecieran, en primer lugar, difícilmente se lograría sin el respeto a las personas y, en segundo, tendríamos el mismo problema, esto es, que unas no deberían impedir el crecimiento y desarrollo de las otras, lo que es simplemente imposible sin algún tipo de limitación: el requisito de igualdad, en mi caso, la fuerza o la creencia en superioridades e inferioridades intrínsecas, en otros.

Todo esto nos puede alejar de las posiciones de nuestros informantes -o no-, pero no tendría por qué impedir nuestra comprensión de las mismas. Es más, en las actuaciones de Antropología Aplicada, sean del tipo y de la intensidad que sean, no se me ocurre mejor instrumento para preservar el punto de vista de los sujetos, cambiante y selectivo respecto a su propia cultura y a la nuestra, que defender el presupuesto de igualdad y proponer alternativas que permitan decisiones lo más libres que sea posible. La defensa a ultranza de “su cultura” no sólo es una condena al inmovilismo forzoso de las personas, es un flaco servicio a la capacidad de innovación y de

adaptación ventajosa a los cambios históricos y a las coyunturas; parece que hagamos un gran gesto cuando realmente estamos haciendo una gran faena a quienes decimos apoyar. Son ellos los que deben trazar su camino en el tortuoso escenario de la vida social, incluido cambiar su cultura, no nosotros, aunque estemos presentes y procuremos inducir a la reflexión. Pero tampoco tenemos por qué compartir sus deseos, cuando los hay, de invadir la libertad de otros ni de establecer o utilizar los mecanismos de desigualdad. Enseguida hablo de esto.

La cultura, cambiante, dinámica y frecuentemente contradictoria como es, suele vivirse y practicarse de forma diversa por diferentes segmentos sociales y en distintos contextos y situaciones. La segmentación y la jerarquización interna divide a los pueblos y a los grupos generalmente y de múltiples formas y en función de múltiples criterios. Esa falta de homogeneidad y de igualdad interna hace que las acciones rara vez signifiquen lo mismo para todos y tengan la misma acogida. Existe abundancia de ejemplos etnográficos para ilustrar esto pero tomaré uno de mi propio trabajo. El traslado de los vecinos gitanos de un poblado de chabolas en Madrid, hacia 1972, fue recibido con suspicacia por todos ellos, hartos de expulsiones en beneficio de otros y en perjuicio suyo. Pero, conforme se fue perfilando una alternativa de adjudicación de pisos nuevos en varios barrios distintos de la ciudad, las cosas cambiaron. Para unos, fundamentalmente los que estaban “solos”, que decían ellos -sin una familia extensa en el poblado-, era la primera oportunidad que la Administración les ofrecía en su vida y únicamente esperaban a que el proceso se consumara; para las grandes familias, la amenaza de su desmembración espacial implicaba, entre otras cosas, el final de una posición de poder en el contexto comunitario del poblado y, aunque a la mayoría les gustaba salir de allí, condicionaban su aceptación a que les dejaran a todos juntos en la nueva situación; para quienes tenían la única “tienda” de carbón del poblado, el único punto de venta de alimentos, una de las dos únicas furgonetas que se podían alquilar o que podían ser objeto de reciprocidad en ese mismo contexto, para todos ellos fue una catástrofe, porque les arrancaba su medio más importante de ganarse la vida. Desde otro punto de vista, a los vendedores, en lo que a su trabajo se refería, no les iba mal el cambio, aunque tendrían que solucionar el problema de encontrar espacio para el género que vendían, nada fácil dado el tamaño de los pisos, y la cuestión era encontrar una u otra solución a este problema y convencer de

su importancia a la Administración para que aceptara ofrecer algo más⁷. Pero el problema insoluble fue el de los chatarreros, en aquella época con tiro de animal y carro, que presentaron tal resistencia que finalmente fueron trasladados a un poblado de casitas bajas donde podían almacenar y seleccionar la chatarra, tener una cuadra y guardar a buen recaudo el carretón. Difícilmente o, al menos, *no necesariamente el impacto de una actuación es el mismo para todos*, por mucho que, desde fuera, parezca buena -o mala- para todo el mundo.

Finalmente, por cuanto he señalado, podría decir que cuando hablamos de “problema social” la pregunta siempre es ¿problema para quién? -cosa que jamás se plantearía un jurista, por ejemplo-. De una manera ingenua la respuesta sería “para los políticos y la Administración”. La cosa tiene fundamento, porque la experiencia nos dice que un barrio desastroso a todos los efectos puede quedar tal como está durante décadas y desaparecer de la noche a la mañana, porque estorba a un proyecto urbanístico o para que vayan a la playa que hay cerca los turistas sin tener que ver el barrio. Sin embargo, el tema es harto más complicado. No sólo conocemos casos en los que una administración o un asistente social capaz de movilizar a la población o un político, que realmente es tal cosa, se han preocupado de estos asuntos penosos. Es que el problema lo es o no lo es y, si lo es, es de diferente forma si nos atenemos a los segmentos e intereses de los propios vecinos del poblado en cuestión, si nos referimos a los vecinos de los pisos que tiene enfrente o a los turistas, por ejemplo. El calibrar la envergadura del problema para cada uno requiere siempre, primero, conocerlo, después creo que se trataría de valorar el perjuicio que la situación crea a cada uno y poder buscar soluciones proporcionadas. Pero éste es, además de un esfuerzo intelectual y técnico, un esfuerzo ético y también ideológico, que a quien promueve las soluciones le suele espantar intensamente: salvo notables excepciones, tratan siempre de buscar *una* solución y punto. Así suele terminar y así son luego los resultados de las actuaciones para solucionar problemas sociales. Lo más frecuente es que se creen otros que no se preveían. Es ahí donde una Antropología potente puede verter luz, incluso verterla a lo largo de las múltiples vicisitudes de un proceso de este tipo: comprendiendo lo que hay y a quienes hay, acercándose a las diferentes formas de comprensión de los

⁷ Finalmente, algún garaje que se dividió internamente en varios cubículos fue una de las soluciones que recuerdo.

objetivos, facilitando conocimiento a las formas de negociación de los intereses; y aportando una visión crítica bien fundamentada.

4. Los promotores y la financiación de los proyectos

Con mucha frecuencia los objetivos que un promotor tiene respecto al trabajo de investigación antropológica que solicita están en franca contradicción con las condiciones que ofrece en tiempo y presupuesto, sobre todo. Los informes se quieren con rapidez y muchas veces los presupuestos son exiguos e inalterables, porque no se suele tener idea clara de lo que un antropólogo puede aportar. En mi experiencia éste puede ser el principio del final del acuerdo, pero también el primer contacto sobre el que comenzar un debate sobre los objetivos. A veces somos nosotros mismos los que hacemos propuestas que los promotores no sospechan y descubren que les interesa conocer. A veces hay que explicar que, dados los condicionamientos temporales y económicos, honestamente no se podrán alcanzar los objetivos que nos están planteando sino tan sólo una parte de ellos o bien otros más modestos: el saber si los inmigrantes de Senegal utilizan sólo los servicios de urgencias hospitalarias o también otros servicios médicos, si han ido o no al médico en los últimos dos años, si van hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos y en qué proporciones, son cosas para las que ni hace falta mucho tiempo ni mucho dinero, especialmente cuando los equipos etnográficos son competentes y fiables. El indagar si compatibilizan el uso de los servicios sanitarios de la Seguridad Social con la medicina privada y ambas con el recurso a especialistas y terapias tradicionales de su lugar de origen, cómo los combinan y cuándo se decantan por uno o por otro, requiere ya mucho más tiempo y más presupuesto, en especial para trabajo de campo y para reuniones de debate. Todavía es más difícil llegar a comprender cómo conceptualizan su cuerpo y su funcionamiento; cómo incide la enfermedad; cómo se puede conservar mejor la salud y cuáles serían las razones de todo ello; qué causa las distintas dolencias; qué suponen; cómo se curan o reparan con qué terapias; cómo encaja esto en la sanidad oficial que se les brinda; y, en consecuencia, qué credibilidad tendría y qué eficacia se le puede prever; cuáles serían las raíces más profundas que fundamentan el que se recurra a uno u otro sistema de salud, a uno o a otro terapeuta; de qué manera hemos llegado a conectar con las personas y su pensamiento; y cómo podemos incidir en mejorar la atención a su salud, por supuesto, sin descartar lo que ellos mismos nos dicen que les cura. Y para esto, o nos dan un mínimo de tres años, contando con personas que ya hayan hecho etnografía general con este

colectivo de inmigrantes, o habrá que rebajar los objetivos, porque éstos no se alcanzarán.

En el caso de los proyectos financiados, existe un sesgo que favorece a quien financia. Pero puede ocurrir no sólo con los “encargos”, sino a veces también con los proyectos de las instituciones científicas, cuando fijan temas preferentes -que obligan a sesgos para ajustar los objetivos a las prioridades ministeriales, autonómicas o europeas, por ejemplo-. En uno y en otro caso, la actuación del investigador tiene que seguir una línea de honestidad intelectual y social, por una parte, y ofrecer resultados útiles a quien paga, por otra, lo cual a veces es complicado, pero sólo a veces. El primer filtro de honestidad está en el momento en el que se decide si se acepta participar o no en el proyecto. El segundo radica en la posibilidad de ajustar los objetivos de la entidad financiadora de forma satisfactoria para ambas partes. El último filtro, y sin remedio, sería salir del proyecto a medio trayecto, lo que no es deseable pero no debe ser nunca descartable. Pero entiendo que es más fácil decir esto desde una cátedra en la Universidad que cuando no se tiene un empleo suficiente y se está empezando a trabajar profesionalmente como antropólogo. Lo entiendo de la misma manera en la que entiendo que, cuando no existe otra salida, se robe una cartera. Pero en uno y en otro caso el límite de la comprensión es a quién se le roba y el daño que se infringe.

5. La implicación del investigador en algunos tipos de uso social del conocimiento antropológico

Decía al principio que sólo hay investigación aplicable y no aplicable, que la propia difusión académica de resultados -no digamos otro tipo de difusión- crea impacto social porque ofrece datos, razones y fundamenta la opinión. La única diferencia que se me ocurre entre investigación antropológica básica y aplicada es que la segunda *incluye entre sus objetivos una meta social, que exige que ciertos temas sean investigados y se inserten en el contexto más amplio de indagación, y que deban considerarse críticamente a la luz del conjunto del conocimiento previo y del adquirido en ese proceso*. Quiero decir que la comprensión, el planteamiento de hipótesis y su contrastación se dilatan al añadir cuestiones específicas que también hay que investigar, pero no pueden prescindir de nada que les dé sentido y que pueda verter luz sobre las explicaciones, de nada de lo que es común a la investigación etnográfica en general. Requiere hacer una etnografía rigurosa y añade, en ese contexto, temas de indagación específicos que responden a la demanda de clarificación de problemas y temas sociales. La investigación aplicada es -debe ser-, por

tanto, cualquier cosa menos una selección descontextualizada y fragmentaria. Por eso es exigente, por eso y por aquel plus de responsabilidad que supone su incidencia en la propia vida social. Los trabajos de Antropología en el contexto de intervenciones sociales son, ante todo, trabajos sujetos al mismo rigor que cualesquiera otros, si cabe, con más posibilidades para expandir los procesos de contrastación, y ésta es su primera responsabilidad social, no meramente intelectual o académica. Por lo demás, su orientación ética y la decisión de compromiso social son una guía que variará de unos a otros investigadores. Nosotros hemos pretendido aquí exponer nuestras opciones. Hay otras.

Una vez dicho esto, conviene recordar de nuevo que la reflexión que trato de verter aquí tiene su base en la investigación que he desarrollado entre poblaciones muy pobres o marginales, en muchos casos pertenecientes a minorías étnicas, con las que se produce una comunicación defectuosa, si es que la hay, y cuya percepción está más ligada a estereotipos sólidos y muy peyorativos que a los datos que ellas mismas ofrecen o a las experiencias de contacto previas. Ante todo, deberíamos insistir en un extremo que, por muy claro que pueda estar para algunos de nosotros, muchas veces crea confusión y desencuentro: el uso social de conocimientos antropológicos y resultados de investigaciones etnográficas específicas de la Antropología tiene sentido en la medida en la que la comunicación entre actores que no comparten una misma cultura -pueblos distintos o segmentos distantes de una misma sociedad- ni una misma posición en la sociedad puede conducir a errores de interpretación y de muchos otros tipos. Estos errores son derivados del desconocimiento o de la plena incompreensión mutua que impide que la propia comunicación se produzca. La presencia de los antropólogos tiene sentido -y a veces es imprescindible- cuando el conocimiento de la cultura de las personas sobre las que se va a actuar es fundamental porque la actuación interfiere en ella. Esa interferencia o esa ingerencia hace esperable, evidentemente, el fracaso de la acción, en tanto genere suspicacia y sufrimiento al destruir o poner en peligro, entre otras muchas cosas, una parte del patrimonio sociocultural sobre el que esa población piensa, actúa, se relaciona y sobre la que hasta cierto punto se puede decir que vive. Hace esperable ese fracaso, porque para evitarlo es necesario poder buscar alternativas sociales y económicas que sean aceptables para la población, incluso imaginarlas y crearlas; alternativas que permitan a la gente elegir sin que sólo las medidas y ofertas pensadas desde fuera o, también, sólo pensadas desde dentro son las que se ponen sobre la mesa. Y para eso es necesario el

conocimiento de las diferencias y de las desigualdades internas, del valor que se da no sólo a las cosas, sino a cada persona que actúa como representante de la gente, a los que participan en la acción y a la propia participación y representación. Es necesario saber, conocer el entramado sociocultural y su contexto. De otra forma las actuaciones seguirán siendo lo que demasiadas veces son: fracasos estrepitosos, dilación o traslado de problemas, o un mero acto de fuerza del que con el tiempo sólo quedan dolor para los que lo padecen y nuevos problemas para todos. Estoy en contra de todas ellas y apoyo el desacuerdo en razones que son, sí, éticas e ideológicas además de prácticas.

Así es que, con frecuencia, los encargos que reciben los antropólogos se producen cuando tales situaciones de disrupción y de dificultad en la comunicación irrumpen -o piensan los promotores que así sucederá- en el contexto de una actuación que pretende dar lugar a un cambio. En su desarrollo, las partes no sólo juegan papeles distintos -los sujetos intervenidos y los sujetos de la entidad que realiza la intervención- sino que existe una gran desigualdad entre ellas en términos de poder, de manera que los objetivos de quienes menos poder tienen corren el riesgo de no cumplirse, ni siquiera buscarse, porque ni pueden imponerlos ni son comprendidos por quien tiene poder para imponer los suyos. Todo esto no significa necesariamente ninguna dosis de mala voluntad ni necesariamente un autoritarismo ciego; la pretensión de quien tendría la capacidad de imponer sus objetivos puede ser realmente importante para los sujetos más débiles -realizar una campaña de vacunación o de alfabetización, por ejemplo-. No presuponemos maldad ni bondad a ninguna de las partes, aunque podemos encontrarla, sólo desconocimiento e incomprensión mutua. Trabajamos, por tanto y en principio, para ayudar a establecer una comunicación, para buscar, en la medida de lo posible, la equidad que permita que los objetivos de los sujetos sobre los que se interviene estén presentes, para ayudar a su concreción. *Trabajamos para fundamentar teóricamente y apoyar en la práctica el mutuo entendimiento, la equidad del diálogo, la búsqueda de alternativas adecuadas y el estímulo de la negociación de los objetivos y de los medios adecuados para lograrlos.* Pero decía que este planteamiento que he ido desarrollando hasta ahora, claro está, también es en sí mismo una opción ética, aunque no sólo sea eso, y desde otras opciones tal planteamiento podría cambiar o suprimirse por completo, especialmente si la perspectiva ética en torno a los presupuestos de igualdad y de diversidad es otra.

Vuelvo ahora a algo que expuse al comienzo: en unos casos, los antropólogos damos datos e instrumentos de reflexión que contribuyen a hacer que los pueblos, segmentos y grupos humanos sean más asequibles a la comprensión de otros y para ello recurrimos al conocimiento antropológico y etnográfico acumulado. La propia formación en Antropología ilumina aspectos de la vida social como lo hace de otra forma la Economía, la Historia, la Sociología y otras disciplinas. Ésa es una razón de peso para tener en nuestras universidades, como tenemos, tantos estudiantes que son profesionales en campos en los que la Antropología es útil para ejercer su propia práctica profesional. En otras ocasiones, sabemos que nuestras publicaciones darán materia de reflexión sobre ciertos aspectos de la vida social y en otras más lo darán igualmente, aunque el autor no lo haya intentado, ni tan siquiera lo haya imaginado. Pero otras veces más, vertemos luz precisa, opinamos, incluso orientamos aspectos específicos de la acción, sobre la base de estudios especializados de la Antropología, como decía antes, y en esto es fundamental el papel que juega la investigación etnográfica y el uso social de sus resultados.

Con múltiples niveles de profundidad y muy diversas formas de proceder a la indagación, diferenciaría tres modelos básicos de aquella etnografía que incluye entre los objetivos de investigación aquellos que se refieren a cuestiones de interés social y *que están expresamente focalizados en el contexto de la investigación etnográfica para su uso social* en esos aspectos. El criterio para diferenciarlos es el *grado de implicación directa del investigador en el proceso de intervención* y, de ahí, sus consecuencias en el proceso de construcción etnográfica, sus implicaciones respecto al nivel de complejidad de los aspectos de la vida social a los que llega su actuación profesional y las exigencias de la reflexión ética requerida al etnógrafo según participe directamente en el proceso de intervención y cómo o no lo haga. Vaya por delante que no se trata de tipos de actuación profesional mejores o peores, más profundos o menos. La elección justa entre poner en práctica uno u otro se basa en una decisión del etnógrafo, qué duda cabe, pero también en lo que se pide de él, dónde puede llegar y, sobre todo, en cuál es la forma más adecuada de responder a las exigencias de unos objetivos de actuación, dado el conocimiento requerido para abordarlos. La actuación puede presentar múltiples problemas socioculturales o pocos y de tipo diferente, por lo que el etnógrafo puede ser necesario al comienzo o en algún otro punto del proceso solamente o bien es preciso contar continuamente con su conocimiento porque el propio desarrollo así lo requiere.

De hecho, los distintos modelos pueden ser practicados por el mismo investigador y para la misma población en diferentes programas de actuación o puede tratarse de tipos intermedios entre uno y los otros. Y esa es mi propia experiencia. Sin embargo, comentando todo esto con Aurelio Díaz⁸, se hizo evidente su mayor experiencia y conocimiento en lo que se conoce como Antropología Orientada, mientras que por mi parte había dedicado más tiempo a la investigación-acción y a lo que podría llamar Antropología Participativa⁹. Es en este último modelo en el que quiero detenerme un poco más, porque quizá se trate del menos usual y más comprometido, pero expondré brevemente los otros dos.

1. *La investigación antropológica orientada o Antropología Orientada*, en palabras de Aurelio Díaz¹⁰, no está dirigida a buscar solución a un problema concreto, sino a orientar a quienes construyan el diseño de intervenciones que se va a realizar posteriormente. Podemos añadir que se trata de aquélla que tiene por objetivo profundizar en un tema y/o en una población, de manera que ciertos problemas culturales y sociales especificados se desarrollen como problemas teóricos y teórico-etnográficos, cuya resolución intelectual permita conocer su amplitud, localizar el sentido que esos problemas tienen para los participantes y situar las causas que intervienen en su producción y, en general, su conexión con otros fenómenos, en un contexto sociocultural amplio. Ese conocimiento se orienta, por tanto, hacia el objetivo de iluminar las líneas generales de actuación en esos problemas o de realizar una exploración en esta línea, según sea su profundidad, y se realiza sin que el etnógrafo comprometa su actuación profesional en el desarrollo de la intervención.

La investigación sobre la que se asienta esa orientación puede ser *de larga trayectoria*, a través de estudios etnográficos locales, incluso diversificados y seriados temporalmente, o a través de series de estudios sobre los mismos temas en las mismas o similares poblaciones, también reiterados en el tiempo

⁸ Lo comentamos en múltiples conversaciones y en las reuniones del GRAFO a las que ya he aludido anteriormente, y en las que participó también Mila Barruti con aportaciones importantes.

⁹ “Investigación participativa” es una expresión que se ha utilizado por diversos autores en Ciencias Sociales en un sentido cercano al que aquí voy a exponer (ver, por ejemplo, Greenwood y González, 1990). Toda etnografía es participativa de manera que el término no es muy adecuado. Lo mantengo a falta de un término mejor -¿intervención etnográfica?- y puesto que es un uso ya dado. En realidad se refiere a un tipo de Antropología Aplicada que se caracteriza por la continuidad de la investigación etnográfica *a lo largo del proceso transformador* y por un elevado grado de compromiso social, tal como se describirá más adelante.

¹⁰ Es Aurelio Díaz quien ha completado, y a quien he tomado de ejemplo de, lo que aquí se va a decir a continuación sobre Antropología Orientada.

y diversos. Un buen ejemplo de investigación orientada en Antropología puede ser el trabajo que durante muchos años han desarrollado Aurelio Díaz - como investigador responsable de los proyectos- y Mila Barruti -como investigadora de campo- con la diversa colaboración de otros investigadores en temas relacionados con el consumo de drogas¹¹.

Sus investigaciones y su capacidad de orientar e iluminar las actuaciones y políticas sociosanitarias dieron un salto cualitativo cuando la OMS pidió la realización de un proyecto en el que habían de participar veinte países de todo el mundo. A. Díaz recibió el encargo de la investigación en España y de formar parte del equipo directivo internacional del proyecto¹². Sin duda lo hicieron posible múltiples lecturas de varias disciplinas; el largo período de tiempo dedicado; la altura de los equipos involucrados; el diseño común, adaptado después a cada país y a cada contexto pero con un núcleo compartido; el cuidado y rigor al seleccionar, combinar y aplicar diversas técnicas; la altura también de la formación de los investigadores de campo; la constante comunicación y discusión entre todos los equipos de los países implicados de las incidencias y los resultados parciales que se iban obteniendo; la flexibilidad y rigor en la contrastación a los diferentes niveles de generalización. Fue la combinación de todo ello lo que hizo posible, por ejemplo, en el marco del proyecto, una obra como *La historia natural del abuso de cocaína* (Díaz, 1995), que hubiese servido de base orientativa, esclarecedora, a las actuaciones de la OMS, de no haber chocado sus conclusiones con las posiciones políticas que defendían, y defienden, otros organismos internacionales que se ocupan del control de la oferta y no de la salud pública. Es algo que puede suceder y sucede.

Posteriormente, la puesta en marcha del *Observatorio de nuevos consumos de drogas en el ámbito juvenil*, por parte del Ayuntamiento de Barcelona, les dio la oportunidad de seguir realizando estudios durante años¹³. Decía de ello el autor:

¹¹ Cabe destacar las publicaciones de Díaz, Barruti y Doncel (1992) y de Bieleman, Díaz, Merlo et al. (1993).

¹² *WHO/UNICRI Cocaine Project* (1993-1995), dirigido por F. Bruno, A. Díaz, B. Flaherty y R. Finerman.

¹³ Así fue entre 1999 y 2004, aunque aún hoy mantienen relación investigadora con el Observatorio. Ver: Díaz, Pallarés y Barruti, (2000, 2001, 2002, 2003); así como Díaz, Pallarés, Barruti et al. (2004) con relación a los informes elaborados para el Observatorio. Los tres últimos están localizables on-line en http://www.aspb.es/ipad/ipad_obs.asp.

Al plantearme [ante un nuevo proyecto de aquella cadena], su reelaboración me ha obligado a analizar lo que se había hecho y a buscar respuestas a los porqué; a rastrear los referentes que se utilizaron, trayendo a la luz algunos de ellos de ese fondo difuso [de conocimiento ya adquirido]; diferenciándolos y dimensionándolos. El límite de la reelaboración ha consistido, por tanto, en explicitar el marco inicial y no se ha intentado imponer artificiosamente un marco distinto a los datos obtenidos; algo que, por otra parte, siempre plantea serias dificultades, quizá insalvables. Esta reelaboración tampoco ha tratado de convertir estas investigaciones en algo distinto de lo que son: investigaciones empíricas [...], aunque no exclusivamente. En ellas se ponen a prueba hipótesis generales de partida, pero éste no es su único objetivo. También se parte de supuestos generales, como guías de la investigación, cuyo objetivo es la generación de nuevas hipótesis que se van modificando al hilo de su propio desarrollo, de los procesos de recogida y análisis de los datos, de forma dinámica y flexible; y también el desarrollo de conceptos teóricos [...]. Como resultado, sus aportaciones son diversas: corroboraciones -siempre provisionales-, modificaciones o refutaciones de hipótesis sometidas a prueba; generalizaciones empíricas; conclusiones provisionales e hipótesis para ser sometidas a prueba con otros datos; muchos interrogantes abiertos. En definitiva, su objetivo último es la elaboración de un modelo consistente y plausible. (Díaz, 1998: 33-34).

Pudieron así comprobar en cada momento la justeza de las apreciaciones que habían hecho en los momentos anteriores, dando, además, una perspectiva temporal que profundizaba su conocimiento y era cada vez más útil para los programas de prevención y para las formas de abordar el consumo; para identificar reiteradamente causas, funciones, razones y otras manera de relacionarse este fenómeno con otros de la vida social. Fue útil al conocimiento y útil por lo que éste esclarece y por las orientaciones fundamentadas que de él pueden emanar.

Finalmente, cuando los objetivos de las investigaciones orientadas son limitados, poco complejos y solamente exploratorios, éstas pueden ser más puntuales y menos duraderas, pero requieren siempre las condiciones mínimas de tiempo, rigor y dedicación que permitan un conocimiento amplio, derivado de la contextualización necesaria para justificar la investigación etnográfica.

2. A veces el estudio etnográfico orientado prevé un período final de *investigación-acción*. Supone el asesoramiento constante del investigador, no ya a quienes vayan a diseñar las actuaciones sino también a quienes las ejecutan, con el objetivo añadido de aumentar su formación. Y lo hace en seminarios, generalmente, en los que participan los equipos de profesionales que están actuando y a veces también técnicos y representantes de la propia población. Los objetivos son triples, al menos: por una parte, se trata de

utilizar el conocimiento etnográfico acumulado para diseñar cada una de las acciones, asesorando, orientando, ejerciendo una tarea crítica, en el amplio sentido de la palabra, en la toma de decisiones.

Por otra parte, existe un objetivo investigador que resulta de cada una de esas acciones concretas, ya que realmente cada paso del equipo profesional se fundamenta en predicciones derivadas de hipótesis etnográficas de diferente tipo y los resultados de cada paso se analizan no sólo en términos de objetivos sociales sino también en términos de puesta a prueba de esas hipótesis. Cualquiera de las formas serias de Antropología Aplicada supone una contrastación de los resultados de investigación etnográfica, en la medida en que cualquier recomendación se basa en hipótesis que serán ratificadas o no o en parte en el momento en el que se llevan a la práctica. Lo que diferencia en este aspecto la investigación-acción -la Antropología Participativa, como veremos- de la Antropología Orientada es que la participación del investigador en el propio proceso de intervención permite poner a prueba constantemente las hipótesis etnográficas que había construido y contrastado previamente, modificarlas, abandonarlas o volverlas a contrastar y proponer otras nuevas; lo hace al hilo de los cambios que se introducen y sus efectos y fundamenta tanto las nuevas acciones que se van sucediendo como la prudencia en pensarlas y en ejecutarlas.

Por último, existe también un objetivo formativo muy importante. A las sesiones de reflexión y trabajo conjuntas y la ampliación de los conocimientos, sigue un trabajo de acción social directa en campos diferentes que hace tomar consciencia a los participantes del proceso de contrastación, de la necesidad de estar atentos, observar y buscar condiciones falsadoras, de la falibilidad de nuestras expectativas e intuiciones, de nuestros enunciados y predicciones, pero también del valor del conocimiento crítico. Todo esto ayuda a adquirir o a ensanchar una actitud profesional alejada del dogmatismo y consciente del propio bagaje de prejuicios, pero también de irrenunciables. Es formativo porque aporta conocimiento, sentido crítico, capacidad autocrítica y desenmascara en ellos, como en nosotros, el fundamento de la intransigencia y del autoritarismo; y porque todo ello no se queda al nivel del discurso sino que se vive y se experimenta durante un tiempo largo. El objetivo es que tengan más recursos para poder pensar y actuar mejor en el contexto de su profesión.

He tenido esta experiencia en varias ocasiones, pero en ninguna tan densa, comprometida y apasionante como en los seminarios de maestros, sobre todo, pero también de algún pedagogo y varios trabajadores sociales que actuaban

en diferentes barrios gitanos de la zona Sur de Madrid, de Orcasitas a Entrevías, entre 1975 y 1979, después del período de trabajo de campo en la zona en 1966-67 y durante 1971 y 1972¹⁴. Nos reuníamos puntualmente todos los miércoles, todo lo que la mañana daba de sí y a veces más. Discutimos la construcción de los materiales escolares de niños y de adultos de diferentes edades y ellos ensayaron prudentemente su adecuación y acierto bajo la estupenda batuta de una también estupenda psicopedagoga. Reflexionamos, por ejemplo, sobre las diferencias entre niños y niñas en la escuela y las correspondientes en sus casas; sobre el impacto de la remodelación que ya estaba en marcha en la escolarización; sobre -por ejemplo- las formas de representación de la población de cada barrio en ese proceso; cómo esa representación iba siendo copada en unos casos por los más poderosos, en otros por los que más recursos personales tenían para moverse entre impresos de las administraciones, por los chivatos de las fuerzas del orden de aquel momento o, simplemente, por los que algunos de los propios profesionales llamaban “líderes del barrio”, esto es, aquéllos que mejor entendían el proceso que se desarrollaba y mejor se entendían con ellos. Proponíamos nuevas formas de representación, más acordes, previsiblemente, con la autoridad culturalmente adjudicada y moralmente respetada y en cómo articularla con otras formas. Todo ello tenía a veces enormes dificultades, siempre, riesgo de error y, por tanto, acciones de tanteo en las actuaciones de los profesionales, cuyo desarrollo y cuyos resultados, a sus ojos y a los de la gente a la que podían acceder, eran evaluados en la siguiente sesión. Por la calidad de los profesionales y su dedicación y entusiasmo y por la seriedad, continuidad y trabajo vertido en cada seminario y en su preparación, ésta ha sido la experiencia de investigación-acción que más peso ha dejado en mí. El conocimiento previo de muchos barrios, de muchos sitios, de muchos gitanos y, especialmente, del que tenía de esa zona fue, por mi parte, lo que posibilitaba que pudiera aportar sugerencias, conocimientos, opiniones y propuesta de alternativas, que pudiera en definitiva hacer mi trabajo. El suyo era lo que en realidad más valía, más ayudaba a la gente; y a mí, porque su crítica empírica contrastadora y sus discusiones a cuanto había propuesto me enseñaron, me formaron a mí también.

¹⁴ Algunas cuestiones relativas a los resultados de la investigación-acción de este período sirvieron de base a varios trabajos, como el del GEIMS -Grupo de Estudios de Marginación Social-, 1976, o M. J. Garrido, 1977 (colaboración de T. San Román en la realización del estudio y de la edición).

3. En el caso de la Antropología Participativa el planteamiento es parcialmente distinto. En primer lugar, la fundamentación de los problemas sociales especificados se realiza teórico-etnográficamente de forma similar al caso anterior. Como en él, resulta extremadamente importante la propuesta de hipótesis contrastadas respecto al significado, causas y otras relaciones involucradas en los problemas, *de manera que permitan* proponer también predicciones sobre las que se pueden *diseñar las actuaciones concretas* en orden a lograr los objetivos a los que refieren hipótesis y predicciones. Como en la investigación-acción, más si cabe que en ella, *requiere inexcusablemente la presencia activa del investigador*, que ahora llega a todos los ámbitos y a todas las instancias implicadas en la intervención de una o de otra forma. A ellos debe ofrecer, al hilo del proceso y de manera constante, alternativas disponibles, social y culturalmente compatibles y útiles. Su papel crítico, a lo largo de toda la actuación, se desarrolla ahora ante las otras categorías de personas, afectados directos e indirectos, promotores y profesionales, y ante sí mismo, estando presente y preocupándose por la comprensión mutua entre las partes y la equidad del diálogo, con independencia de los acuerdos o desacuerdos que arrojen los resultados de las negociaciones entre ellos, en los que su esfuerzo tendría que dirigirse a estimular y velar por el desarrollo de las condiciones que incrementan la participación y la autonomía de la gente a lo largo de toda la actuación.

La diferencia que existe entre este modelo de Antropología Aplicada y el que exponía, al hablar hace un momento de investigación-acción etnográfica, puede ilustrarse simplemente volviendo al ejemplo anterior. Si en la investigación-acción construíamos los profesionales y yo misma “las formas de ejercer la representación de la población de cada barrio”, ahora tenía que construirlas simultáneamente y con las mismas exigencias, abriendo la reflexión crítica y el debate de cada propuesta con los profesionales, con los que se autopropoñían o eran propuestos por algún segmento. Pero tenía también que intentar movilizar a otros sectores que habían quedado al margen, como a los viejos de autoridad y respeto, sin los que difícilmente los gitanos de ese momento iban a implicarse, cabezas de las familias que componían el barrio, y tenía que idear formas de participación que, en los años en los que hablo, fueran aceptables, como la representación separada de viejos y jóvenes, de chicos y ancianos, tenía que buscar formas aceptables para lograr la participación de minorías, como las familias más reducidas y menos prominentes, o de un segmento con escasa voz, como las chicas. Y había que ver cómo se podía aceptar, de qué manera estructurarlo en grupos

diferentes, a veces, para cometidos necesariamente distintos. Y había que conseguir la movilización de todos ellos en defensa de sus propios intereses, para que hicieran presentes sus propios objetivos. Y había que lograr el diálogo entre unos y otros, la negociación entre unos y otros, a veces de la misma población, a veces entre los propios profesionales. Ciertamente era extremadamente fructífera en esta tarea la colaboración de algunos asistentes sociales y también la de algunos maestros y, en ambos casos, las de aquéllos que eran especialmente reacios a estar esperando a que alguien vaya a su despacho, a quienes siempre encontrabas en la calle o en las casa de los vecinos. Pero, efectivamente, también el etnógrafo que trabaja en Antropología Participativa es quien puede aportar a estas acciones el conocimiento etnográfico sobre cómo se articulan los roles de género, sobre qué supone la jerarquización por categorías de edad, cómo se construye el poder, cuáles son los patrones de clientelismo, qué valores engranan aspectos fundamentales para el desarrollo de la vida económica y social y tantas otra cosas. Además aporta el conocimiento de las personas concretas, de su gente, de su vida y de sus aspiraciones.

Los grupos y personas que van a pasar por el proceso de intervención, los promotores de la misma, los técnicos y profesionales de atención directa que se encargan de llevarla a la práctica, el conjunto que forman el resto de personas o de entidades afectadas por los resultados sin que la intervención se dirija a ellos, los investigadores de otras disciplinas y los antropólogos son, en general, las partes de estas situaciones y desarrollan en ellas papeles distintos. Todas ellas y sus relaciones son de una importancia central desde el mismo momento en el que se inicia la investigación focalizada en los problemas en los que se va a incidir, aunque todas las partes no lo hayan sido tanto con anterioridad a ese momento de la investigación. Merece la pena reiterar que esta intervención etnográfica no se puede producir hasta un momento ya avanzado de construcción etnográfica en un programa de estudios reiterados.

Por tanto, la importancia de los equipos locales puede ser enorme para el trabajo de Antropología Aplicada en general, pero especialmente cuando se trata de este tipo, cuando supone una participación directa del investigador, presente y participando en el desarrollo de las intervenciones. Mucho depende de la sintonía que alcancen los investigadores y los profesionales. Éstos -técnicos, asistentes sociales, personal sanitario local, maestros y profesores y otros profesionales de atención directa, sobre todo-, inciden directamente sobre la gente, se comunican con ellos y, de una u otra forma, negocian acuerdos. Conocen a las personas, con frecuencia una por una, y las

relaciones que mantienen entre sí, y son una fuente de información y de crítica inestimable para el antropólogo. La idea de que no tienen nada que aportar es tan ciega como la contraria que sostiene que el etnógrafo no va a decirles nada que ya no sepan. Sus roles son diferentes, sus objetivos de conocimiento también, pero los profesionales pueden ponernos sobre la pista de cuestiones que buscamos o, aún más, que no buscábamos y, sobre todo, pueden hacernos ver errores en nuestra forma de apreciar las actuaciones, porque tienen un conocimiento de los precedentes del que nosotros no disponemos. Por esa razón, cuando se consigue -que no es nada sencillo- que nos sentemos juntos en un solo equipo, en términos de igualdad pero respetando las capacidades diferentes que cada uno podamos tener, es cuando puede trabajarse con más seguridad y acierto. Nunca sobra nadie que acepte estas condiciones, que también se extienden a otros investigadores que pueden aportar al conjunto, también a nosotros, los resultados de su trabajo, que persigue sus propios objetivos con sus propios medios conceptuales y técnicos, pero que se orientaría, como el resto, a verter luz sobre fines sociales comunes.

Si consideramos ahora a las personas, sobre las que se diseña la actuación, pienso que habría que decir algunas cosas que creo fundamentales. A alguna me he referido ya al hablar de su diversidad interna, de las diferencias entre ellos en sus objetivos e intereses y, por tanto, en la distinta naturaleza del impacto de las actuaciones y la consecuente necesidad de diversificarlas, aunque a veces esto no pueda, realmente, anunciarse con detalle de antemano en los proyectos que presentamos. He mencionado también cómo varían sus posiciones y sus puntos de vista conforme van sucediendo los acontecimientos y cómo, por tanto, nuestro trabajo en esos momentos puede o no hacerse, pero de ninguna forma es innecesario. Hay dos cosas a las que quisiera volver: su autonomía y el papel de sus decisiones.

En las situaciones y poblaciones en las que estas actuaciones se suelen realizar, la gente es de todo menos autónoma. La falta de alternativas y de oportunidades asequibles, la merma de valor que la sociedad suele atribuir a su voz, la posición de debilidad respecto a otros segmentos de la sociedad en la que viven, la propia situación de desigualdad que acompaña la actuación con respecto a otros participantes -si no es que está en su origen-, difícilmente permiten más autonomía que la que emana de elegir entre esto o nada, entre una forma de hacerlo y otra similar. Pero la intervención puede ser entendida, por ellos y por nosotros, al menos, como una posibilidad de ganar autonomía. Pienso que así como sus objetivos deben estar presentes y

pueden criticarse, afianzarse, transformarse y perseguirse, así deben estar ellos mismos sustentando multitud de decisiones que conlleven estas actuaciones. Planteémonos, simplemente, nuestro ejemplo anterior: cómo podrían estar representadas las diferentes poblaciones afectadas y los diferentes segmentos de la población diana, cómo podría perseguirse el llegar a una situación de equidad, no sólo respecto a los profesionales o a nosotros, sino entre ellos, de qué forma habría que actuar para que tomen parte en las decisiones que les afectan y cómo se podría lograr que tomaran consciencia y asumieran también, unos y otros, las responsabilidades frente al conjunto de sujetos o a la comunidad o al vecindario en el que están enclavados. Simplemente con esto sabremos hasta qué punto el conocimiento etnográfico puede ayudar a que nadie quede fuera y a que nadie esté sobrerrepresentado. Es inmenso el trabajo que puede hacerse para ganar en autonomía y en equidad. Para ello suele ser una ayuda de valor inestimable la solidez de las relaciones entre los miembros del equipo y la que tenemos con los propios sujetos. Cualquier actuación está condenada al fracaso si se trata de llevarla a cabo sin que decidan ellos mismos al respecto.

En realidad esta última concepción de la Antropología Participativa, como la forma más socialmente comprometida que hemos realizado¹⁵, se basa, aparte de las exigencias comunes a la investigación etnográfica de cualquier tipo, en dos fuentes de inspiración propias de un momento ideológico que sigo esperando que tenga retorno: la teoría del desarrollo comunitario, pero entendiendo por ésta su planteamiento tal como se expandió en Méjico y otros países de América Latina, que nos llegó hacia 1965-70 de la mano de un Marco Marchioni y un Ezequiel Ander-Egg que no decían exactamente lo que ahora, más complacientes con la democracia formal, dicen. Pero sin duda fueron una guía. La otra fuente de inspiración -y puede resultar escandaloso en boca de una agnóstica, recalcitrante pero no fanática- fue la Teología de la Liberación del Padre Boff, de Ellacuría, sobre todo, y su plasmación en la Pedagogía de la Liberación de Paulo Freire y sus huellas de esos años en otros, como en el Instituto INODEP, cristiano y parisino, repleto de una visión utópica de la libertad humana, incluso ante la religión, y de la igualdad sólo frenada por la necesidad imperiosa de solidaridad. También, es cierto,

¹⁵ Sobre ella se basan, especialmente, algunos trabajos como el de la Asociación de Desarrollo Gitano de 1979, con la que colaboré en la investigación y edición, pero de una o de otra forma subyace a casi todas mis etnografías de los gitanos, desde *Vecinos Gitanos* (1976) y “Los gitanos entre la tradición y el futuro” (1978) a *La Diferencia inquietante* (1997), y forma ya parte, su enseñanza, de mi pensamiento sobre estos temas.

está en ella mi propia experiencia y reflexión contenidas finalmente en el libro *Los muros de la separación* (San Román, 1996b), un texto que me debía desde muchos años atrás. Ésas son las fuentes fundamentales, aunque no sean las únicas, que me han inclinado por una ética de lo que se ha dejado de llamar Antropología Aplicada y un estilo de participación que soy consciente de que no es el común entre antropólogos e investigadores sociales en general, justificados quizá por el fatídico precedente de ciertos antropólogos al servicio de las potencias coloniales. Es propio de otro tipo de investigadores con menos reparos en adquirir compromiso con la gente con la que trabaja, si es que uno confía, como yo lo hago, en el valor de la Antropología para la vida.

6. Referencias bibliográficas

ASOCIACIÓN DE DESARROLLO GITANO; SAN ROMÁN, T.

1979 *Programa para el realojamiento de la población gitana chabolista madrileña*. Madrid: Equipo de Urbanismo y Arquitectura. Documento de difusión restringida.

BIELEMAN, B.; DÍAZ, A.; MERLO, G. *et al.* (Dir.)

1993 *Lines across Europe. Nature and extent of cocaine use in Barcelona, Rotterdam and Turin*. Amsterdam: Lise Berwyn, Pa, Swets & Zeitlinger.

DÍAZ, A.

1998 “Unas investigaciones aplicadas”, en *Hoja, pasta, polvo y roca. Naturaleza de los derivados de la coca*. Barcelona: Serie de Antropología Cultural. Publicacions de la UAB, 25-34.

DÍAZ, A. (Dir.)

1995 *The Natural History of Cocaine Abuse: A case study endeavour*. Informe interno, no público, de la OMS.

DÍAZ, A.; BARRUTI, M.; DONCEL C.

1992 *Les línies de l'èxit? Naturalesa i extensió del consum de cocaína a Barcelona*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona.

DÍAZ, A.; PALLARÉS, J.; BARRUTI, M.

2000 *Primer informe. Observatori de nous consums en l'àmbit juvenil*. Barcelona: Institut Genus. Documento policopiado de difusión restringida.

2001 *Observatori de nous consums en l'àmbit juvenil*. Barcelona: Institut Genus. Documento policopiado de difusión restringida.

2002 *Primer informe. Observatori de nous consums en l'àmbit juvenil. Informe 2001*. Barcelona: Institut Genus. Documento policopiado de difusión restringida. Localizable en http://www.aspb.es/ipad/ipad_obs.asp

2003 *Primer informe. Observatori de nous consums en l'àmbit juvenil. Informe 2002.* Barcelona: Institut Genus. Documento policopiado de difusión restringida. Localizable en http://www.aspb.es/ipad/ipad_obs.asp

DÍAZ, A.; PALLARÉS, J.; BARRUTI, M. et al.
2004 *Observatori de nous consums en l'àmbit juvenil. Informe 2003.* Barcelona: Institut Genus. Documento policopiado de difusión restringida. Localizable en http://www.aspb.es/ipad/ipad_obs.asp

GARRIDO, M. J.
1977 *Una experiencia de alfabetización de adultos gitanos.* Madrid: FCP, Marsiega.

GEERTZ, C.
1987 [1973] *La interpretación de las culturas.* Barcelona: Gedisa.
1989 [1988] *El antropólogo como autor.* Barcelona: Paidós.

GEIMS
1976 *Gitanos al encuentro de la ciudad: del chalaneo al peonaje.* Madrid: Cuadernos para el Diálogo, S.A. EDICUSA.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, A.
1987 *La construcción teórica en antropología.* Barcelona: Anthropos.

GREENWOOD, D.; GONZÁLEZ, J. L.
1990 *Culturas de Fagor. Estudio Antropológico de las cooperativas de Mondragón.* San Sebastián: Txertoa.

KAPLAN, D.; MANNERS, R. A.
1979 [1972] *Introducción crítica a la teoría antropológica.* México: Nueva Imagen.

KROTZ, E.
1980 *Cooperativas agrarias y conflictos políticos en el Sur de Jalisco.* México: UAM.
1988 *Ensayos sobre el cooperativismo rural en México.* México: UAM.

LÉVI-STRAUSS, C.
1973 "Critères scientifiques dans les disciplines sociales et humaines", en *Anthropologie Structurale Deux.* Paris: Plon, 339-376.

RADCLIFFE-BROWN, A.R.
1975 [1958] *El método de la antropología social.* Barcelona: Anagrama.

SAN ROMÁN, T.
1976 *Vecinos Gitanos.* Madrid: Akal.
1978 "Los gitanos entre la tradición y el futuro". *Historia 16*, año III, 20, febrero: 67-97.

- 1983 “Antropología aplicada al trabajo social: el desarrollo de los gitanos”. *RTS (Revista de Treball Social)*, 91: 146. Número monográfico.
- 1985a “Antropología Aplicada y relaciones étnicas”. *REIS*, 27: 175-183.
- 1985b “Reflexions sobre un barri marginat”. *Habitatge*, 3: 32-35.
- 1992 “Pluriculturalismo i minories ètniques”. *Perspectiva Escolar*, 164: 41-45, y 165: 51-57.
- 1993 “La universidad y el bienestar social”. *Antropología*, 6: 131-141. Sección: Apuntes.
- 1996a “Interdisciplinariedad, interprofesionalidad e intervención social”, en J. Prat y A. Martínez (eds.), *Ensayos de antropología cultural*. Barcelona: Ariel, 407416.
- 1996b *Los muros de la separación. Ensayo sobre alterofobia y filantropía*. Madrid: Tecnos.
- 1997 [1994] *La diferencia inquietante. Nuevas y viejas estrategias culturales de los gitanos*. Madrid: Siglo XXI.
- 1998 “El mundo que compartimos”, en J. Porta y P. Llandonosa (coords.), *La Universitat en el canvi de segle*. Madrid: Alianza, 265-271. [Y, 2000, *Revista de Antropología Social*, 9: 193-197].
- 2002 “Un camino para ganar conocimiento”, en A. González Echevarría y J. L. Molina (eds.), *Abriendo surcos en la tierra. Investigación básica y aplicada en la UAB*. Barcelona: Servicio de Publicaciones de la UAB, 223-245.
- SAN ROMÁN, T.; CARRASCO, S; SOTO, P. *et al.* (Coords.)
- 2001 *Identitat, pertinença i primacia a l'escola: la formació d'ensenyants en el camp de les relacions interculturals*. Bellaterra: Publicacions de la UAB.
- WEBB S.; WEBB, B.
- 1968 [1932] *Methods in social study*. New York: August M. Kelly-Publishers.